

DOS TEXTOS FUNDACIONALES DE LA CRÍTICA DEL RELATO ECUATORIANO*

Diego Araujo Sánchez

Enrique Anderson Imbert¹ propone cinco métodos para estudiar la crítica: el primero consiste en seleccionar unos pocos textos de grandes críticos y, a partir de ellos, «desentrañar sus visiones del mundo, sus teorías de la literatura y sus tablas de valores estéticos». El segundo método centra su interés en reconstruir la historia de la crítica; el tercero, en estudiar las filosofías implícitas o explícitas en los afanes del crítico; el cuarto divide la crítica en géneros, del mismo modo que proceden los estudios de literatura. Finalmente, el quinto método incorpora al estudio de la crítica la perspectiva del circuito de la comunicación, es decir la estudia desde el emisor, la obra y el receptor.

En este trabajo pretendo echar mano de elementos de cuatro de aquellos cinco caminos, a partir de la selección y una lectura a vuelo de pájaro de dos textos clásicos de la crítica de la novela: el libro de Ángel F. Rojas, *La novela ecuatoriana*, publicado por primera vez en 1948 por el Fondo de Cultura Económica de México, en su colección Tierra Firme, y *El nuevo relato ecuatoriano, crítica y antología* por Benjamín Carrión, obra que vio la luz en su primera edición de 1951, en la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Medio siglo después de la aparición de estos dos textos fundacionales de la crítica de la novela, empiezo por reconocer que no se han escrito obras de la misma envergadura en el ámbito de la crítica del relato en el Ecuador, lo cual, de paso, me exime de justificar con otras razones la elección de los dos libros.

- * Ponencia presentada en el encuentro «La tradición de la crítica y la historiografía literarias en el Ecuador», organizado por el Área de Letras de la Universidad Andina Simón Bolívar, en Quito, del 15 al 16 de noviembre de 2000.
- 1. Enrique Anderson Imbert, *La crítica literaria: sus métodos y problemas*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 111 y ss.

Si se propone una encuesta de opinión sobre la existencia de la crítica del relato ecuatoriano, es bastante probable un numeroso registro de respuestas que pongan en duda esa existencia. Sin embargo, la historia de la crítica de la narrativa cuenta con una producción abundante. Pero, en esta ocasión, no está en el horizonte de esta reflexión el examen diacrónico del discurso crítico del cuento y la novela en el Ecuador, el segundo de los métodos para estudiar la crítica que propone Anderson Imbert.

A pesar de que se pueden exhibir numerosos textos de crítica de la narrativa, ¿por qué se la percibe como una práctica intelectual débil e insuficiente? Así como la difusión de novelas en un país no asegura la existencia de una novelística, tampoco el registro de textos de crítica literaria asegura la existencia de una verdadera tradición crítica.

Me parece que el ejercicio crítico adolece en el país de una evidente falta de continuidad, y no se ha constituido en una tradición. Es un saber que nace aislado, casi por el azar de las iniciativas individuales. No existen tampoco canales para el ejercicio de la crítica: carece de espacio en institutos de investigación y universidades, en revistas especializadas, con las que ni siquiera se cuenta o, cuando aparecen, tienen una vida fugaz; tampoco en los medios de comunicación tiene la crítica una presencia sistemática y amplia. Pero regresemos a la propuesta primera de crítica de la crítica. Ángel F. Rojas escribió el primer balance de la novela. Su punto de partida es la visión de la literatura como «una traducción de un estado político y social, sentido por los escritores más que deliberado». ² Pero no es este el único cordón umbilical de los cuentos y las novelas con el contexto social y político. El otro vínculo nutricional es, para Rojas, una tendencia propia de los autores en el país: la militancia política: «Los escritores de esta parte de América —escribe— como de ninguna otra quizá, rara vez han escatimado la intervención activa en la política nacional y, por lo mismo, las obras de ficción del Ecuador son una forma de esta actitud». ³

Esta concepción de la literatura determina que la crítica, según reitera Rojas a lo largo de su obra, no pueda separarse de la historia política del país, ni de la sociología; al mismo tiempo, explica la división del estudio en tres grandes períodos: el de 1830 al 95, de predominio conservador; la segunda etapa, de 1895 a 1925, vinculada a la ascensión del liberalismo al poder, y la tercera, de 1925 al 45, que corresponde al advenimiento del socialismo como doctrina y como partido político. En cada una de estos períodos, Rojas examina, en la primera parte, la época y, en la segunda, la obra. A pesar de la buena voluntad del crítico y de la solvencia, la novedad y la materialización de una cohe-

2. Ángel Felicísimo Rojas, *La novela ecuatoriana*, Colección Ariel, No. 29, Guayaquil, Cromograf S.A., s.f., p. 11.

3. *Ibíd.*

rente síntesis en la relación histórica y del registro del dato económico y la observación de otras condiciones materiales de la vida social, las páginas de la época y las páginas de la obra no se integran, sino que se mantienen como dos mundos aislados, entre los cuales las relaciones que se establecen son las más obvias y generales, cuando coinciden los contenidos del acontecer histórico y de la novela. De esta forma, el trazo histórico y del contexto social es solo una luz lateral para la interpretación del sentido de cuentos y novelas. Desde la perspectiva del emisor, no explica la génesis de las obras; desde el punto de vista de las obras en sí mismas, ese trazo no sirve para comprender y explicar la estructura de cuentos y novelas, su organización en un discurso verbal, su literariedad y, desde el punto de vista del receptor, la división entre la época y la obra, tampoco ayuda a interpretar los particulares efectos que provocan las obras estudiadas y el proceso de construcción del significado. No obstante, la obra de Rojas crea, en cada una de las tres partes, un espacio de conclusiones y confirmaciones, como puente entre el contexto y los textos y, a pesar de que recogen la substancia crítica más enjundiosa de toda la obra, no alcanzan a superar las limitaciones estructurales del método con el que Rojas construye la historia y crítica de la novela ecuatoriana. El aislamiento no solo afecta a los textos y sus contextos políticos y sociales. También llegan al signo literario. Por eso, por ejemplo, la tabla de la valoración de Rojas termina por reconocer una parecida escisión a la de cierto ejercicio crítico superado que divide fondo y forma de la obra literaria como dos realidades distintas. En su balance del relato de los años 30, concluye que los cuentos y novelas se han impuesto por su contenido social, por su condición documental y de denuncia y protesta, pero que su valor esencial no deriva del interés puramente novelístico, ni la perfección formal, ni los personajes...⁴

Las virtudes del estudio de Ángel F. Rojas son demasiado conocidas: se trata de un esfuerzo pionero de investigación de la historia de la novela ecuatoriana. La obra contiene una magistral síntesis interpretativa de la historia política y del desarrollo de la vida social en el Ecuador. Trae también un útil y amplio registro de la producción novelística y, aunque muchas veces pase de una forma excesivamente general por los textos mismos, jamás debilita la visión panorámica, integradora, del desarrollo de la novela ecuatoriana. En mi opinión, los mayores aciertos para la comprensión crítica de las novelas no provienen tanto del contexto histórico, como de la capacidad creadora de Rojas, autor él mismo de cuentos y de novelas, la mayor de las cuales, *El éxodo de Yangana*, vería la luz en 1949 un año después de que circuló la obra crítica. Ese conocimiento vital de los problemas de un autor es su más útil tabla de valores para echar la luz directa de certeros juicios sobre la obra de cada épo-

4. *Ibíd.*, p. 220.

ca. En cierto modo, la respuesta a las limitaciones de la novela captadas por el crítico dio el creador con esa obra de madurez de todo el relato de la época, *El éxodo de Yangana...* Algunas afirmaciones que se repiten como interpretaciones incontrovertibles sobre las novelas y los novelistas ecuatorianos provienen de la investigación fundacional de Ángel F. Rojas.

El nuevo relato ecuatoriano de Benjamín Carrión dedica una primera parte a los antecedentes de los que vendrán; la segunda a la historia de los autores del nuevo relato; en la tercera desarrolla un ensayo de interpretación y, finalmente, en la cuarta, publica en el triple del número de páginas de las tres partes anteriores, una antología de 24 narradores y narradoras del nuevo relato ecuatoriano.⁵

En la segunda edición de esta amplia obra crítica, Carrión comienza por defenderse de una acusación que se había repetido contra su actitud crítica: se le reprochaba ser demasiado bondadosa. El crítico confiesa que amigos entrañables como el gran Joaquín Gallegos Lara le pedían que no alabara a mediocres, y Luis Alberto Sánchez le reclamaba que nunca encontrara nada malo en los narradores del país.⁶

Pero Carrión se defiende remitiendo al lector al ensayo de interpretación, la tercera parte de su obra, en donde no es tan bondadoso como lo pintan, pero da otra razón para justificar su talante generoso: «Mi apreciación optimista y gozosa, como la llama Sánchez —confiesa—, es nacida de una convicción mía: hay que estimular nuestra obra de cultura, sobre todo la obra de cultura de las pequeñas patrias, como la nuestra. Y eso solamente puede hacerse, si no existe por allí el domine magistralizante, que pone un agrio y dispéptico no pasarán a todos los intentos jóvenes de hacer letras, plástica, ciencia».⁷ Más allá de la justificación cívica, el presupuesto de comprensión del texto literario, que sirvió para que dar a Carrión la fama de hallar todo bueno, es la empatía del crítico hacia el objeto de estudio. Me parece que de esta actitud derivan los mayores méritos y, al mismo tiempo, las limitaciones de su ejercicio crítico en el que cuentan el comentario impresionista, la anécdota por conocimiento vital de los autores de carne y hueso, el juicio intuitivo, es decir, la rica subjetividad del ensayista.

El autor de *El nuevo relato ecuatoriano* es un lector voraz, tiene un amplio conocimiento de la novela europea y de la novela norteamericana, está muy al tanto de la producción intelectual latinoamericana a cuyos mayores representantes contemporáneos no solo ha leído, sino los conoce en persona, y con quie-

5. Benjamín Carrión, *El nuevo relato ecuatoriano, crítica y antología*, 2a. edición revisada, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958.

6. *Ibid.*, pp. 7-9.

7. *Ibid.*

nes mantiene amistad y diálogo epistolar. Carrión es una personalidad de mirada penetrante y se ubica en una tradición crítica al estilo de Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña, por la amplitud enciclopédica de su saber humanístico.

Tanto como para Rojas, un valor sustancial del relato es, para Carrión, el compromiso social; pero su examen de la literatura está más vinculado al propio contexto literario y cultural que a la consideración sociológica o a la historia política. La escisión entre fondo y forma, que habíamos observado en Rojas, parece que todavía perdura en la concepción literaria de Carrión, pero se plantean como explícito problema sus relaciones y se discute, como un tema de primer plano, los elementos expresivos y de la forma de ver la realidad de los que dependen los resultados de la creación narrativa. Por eso, por ejemplo, en su balance de la narrativa de la generación del 30, Carrión concluye que el problema de fondo es que la novelística inicial «miró al hombre desde afuera, de frente, para hacerlo personaje. Lo enfocó... para fotografiarlo... Poniéndole en pose, con ceño adusto, actitud dolorida y misérrima, pero desde la otra orilla, sin intento de meterse dentro del personajes, sin llegar nunca a ese especie de *etat second* que cree Mauriac indispensable para entender al hombre; el estado de trance o —siempre Dostoyevsky— los demonios...».⁸ Así Carrión concluye su reflexión: «... Y entonces la novela ecuatoriana tuvo sin quererlo, el carácter de reportaje novelado...: información dramática y sensacional sobre el hombre que trabaja rudamente en beneficio de otros, mal pagado, mal nutrido, expuesto a la enfermedad, a la muerte. Cuyo amor es una cotidiana función animal, a veces perturbada por el poder o la riqueza de los explotadores... La muerte, el odio, la tristeza, la miseria, en los unos; la riqueza, el logro, la maldad, la lujuria inútil y ofensiva, en los otros. Negro y blanco. Malo y bueno. Como en el antiguo cinematógrafo, como en la antigua novela de aventuras...».⁹ ¿No es cierto que en esta observación crítica el problema de fondo es, a fin de cuentas, una cuestión de forma, de modo de ver y crear los personajes? En la concepción estética de Carrión, la conciliación no avanza más allá de lo que puede resumirse en un juicio parecido a este: en la obra literaria ocupa una función básica lo ideológico, pero tiene también importancia lo técnico, a pesar de ser lo adjetivo.

En la tercera parte de *El nuevo relato ecuatoriano* el crítico discute, sin un despliegue metodológico riguroso, las obras mismas como creaciones verbales, sistemas expresivos con personajes, ambientes, efectos de humor, ternura o piedad...

Pero nunca permanece en una posición inmanentista sino, por el contrario, se sale de los los textos para mirarlos y admirarlos desde fuera. La visión

8. Carrión, *op. cit.*, pp. 269-270.

9. *Ibid.*

del desarrollo del relato con la mirada no solo puesta en la patria chica, sino en la patria grande latinoamericana y en las tendencias de un ámbito cultural más amplio, el de las literaturas occidentales, permite una perspectiva de interpretación y valoración crítica que convierte la lectura de este texto en una sabrosa aventura de conocimiento. Finalmente, esta perspectiva, por la cual el nuevo relato ecuatoriano se codea de igual a igual con cuentos y novelas de otras latitudes, no solo es parte del desenfreno santo de admirar del que habla Gabriela Mistral para describir la actitud vital de su amigo Benjamín Carrión, sino que responde, me parece, a un proyecto utópico en el cual él se empeñó durante su vida: el Ecuador, que había sufrido con la mutilación territorial la experiencia del árbol podado, para utilizar la conocida metáfora de Arnold Toynbee (a quien la Casa de la Cultura Ecuatoriana trajo al país), podía llegar a ser un árbol florecido como nación pequeña, pero como potencia cultural. Me parece que por allí debe encontrarse una explicación de la generosidad en los juicios de Carrión.

Tanto Rojas como Carrión señalan las limitaciones del escritor. La sociedad no ofrece posibilidades de profesionalizar la tarea del novelista, observa el primero. La literatura es, entre nosotros, un oficio heroico, señala el segundo. Ambos reparan los obstáculos materiales para la difusión de la narrativa y las modestas dimensiones de difusión editorial. Carrión pone más sus ojos en el lector, no solo por su condición personal de lector privilegiado, sino como una función esencial del círculo de la comunicación literaria. Esto explica el espacio que abarca en su obra la antología del nuevo relato ecuatoriano.

Los dos escritores tienen en común la misma pasión de hacer el inventario, el ajuste global de cuentas, del proceso de la narrativa ecuatoriana, desde sus orígenes hasta el presente. En los dos, la historia de la literatura no es faena académica de eruditos, sino ejercicio crítico desde lo contemporáneo. De allí que sus obras se alejan de la asepsia y la neutralidad dudosa de ciertas posturas científicas. Son obras que delatan las respectivas ideologías de unos y otros autor, sus visiones del mundo, su sistema de gustos y preferencias. Ambos como críticos cumplen la alta tarea de valoración de lo propio, de reconocimiento de señales de identidad del país en su narrativa. Por supuesto, sería una traición al espíritu dialéctico que alientan las mejores páginas de estos dos textos fundacionales que no los sujetáramos a crítica. Creo que, en esta materia, la crítica del cuento y la novela está en deuda. Todavía no se ha emprendido en un trabajo al menos de parecido aliento al de los dos libros fundacionales de Rojas y Carrión. Pero parece necesario que se lo emprenda, aprovechando sus experiencias críticas pero superándolas, desde perspectivas nuevas, más integrales, alimentadas por los aportes de la teoría literaria y crítica, que iluminen desde diferentes perspectivas el cuento y la novela ecuatorianos y los subordinen a un nuevo examen crítico y valorativo. ■